

soledad y el patetismo agonizantes del viejo que se aferra al cuerpo joven, sin nombre y sin lugar. Como en una fábula erótica y galante que prolonga el deseo, el viejo y la niña no se han conocido ni se han visto despiertos. Cuando llega al burdel de Celestina, es para verla dormir y cantarle caricias de amor rendido. Al final, la novela le concede al pobre viejo la piedad del primer amor, aunque sea el último. Como en la poesía provenzal, el mayor amor es el improbable.

«Feo, tímido y anacrónico», se llama a sí mismo este viejo periodista, mal escritor y peor profesor, último espécimen de su clase y de su estilo, solo en su casona arruinada, convertido en una reliquia cuyas crónicas cultivan la nostalgia de los lectores por un mundo desaparecido. Un mundo, por lo demás, cuya única gloria es la de haber desaparecido. Pero es también un melómano cultivado, y sus lecturas, maniáticamente gobernadas por los diccionarios, incluyen sin embargo lecciones de virtud y buen sentido. Este hombre mediocre se convierte en héroe nocturno de los burdeles; lleva la cuenta de las putas que ha beneficiado como el diario de su vida, y a los 50 años lleva registradas 514 mujeres. Pero cuando encuentra a Delgadina, se convierte en un Pigmalión amoroso, que da lecciones de dicción castellana a su dama dormida. Leemos:

«No había cambiado de posición cuando apagué la luz, a la una de la madrugada, y su respiración era tan tenue que le tomé el pulso para sentirla viva. La sangre circulaba por sus venas con la fluidez de una canción que se ramificaba hasta los ámbitos más recónditos de su cuerpo y volvía al corazón purificada por el amor». Ese lirismo se reparte por igual entre la canción al itálico modo y el mejor bolero mexicano.

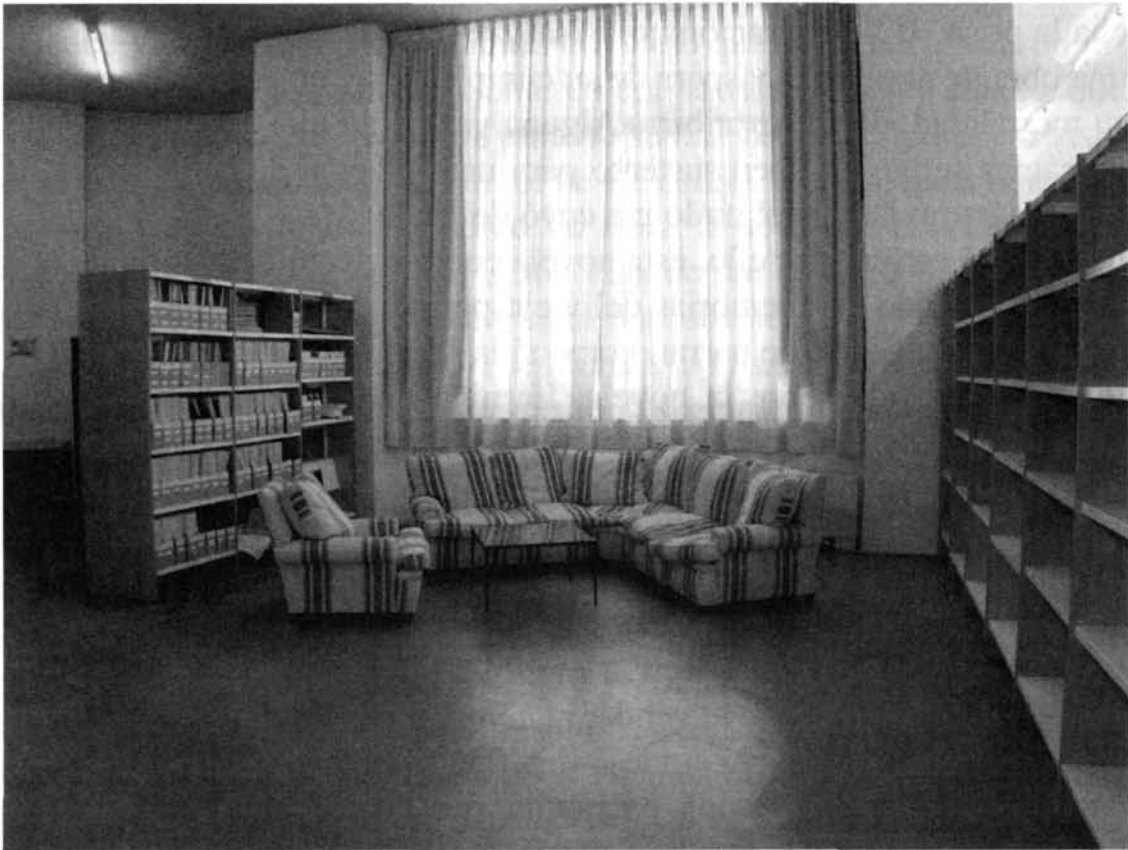
Pero, ¿de qué amor finalmente se trata? Aunque la historia es la de un mal escritor que encuentra al final de su vida el amor paradójico, la lección amorosa anuncia la mejor escritura: el amor es siempre fugaz porque la caducidad es su ley, el barroco su exceso feliz, y la fábula de un día su felicidad. Este es el amor clásico, que contra el tiempo levanta su breve lumbre. Y es el amor romántico, que contra la muerte, apura su memoria escrita. La amada es una muchacha bárbara y analfabeta, cuya miseria la lleva a la cama por cinco pesos. Pero es también la bella durmiente de la leyenda que ya no requiere de un príncipe que la desencante sino de un cantante que la mantenga dormida. El viejo periodista copia las líneas de su mano y las hace leer de una vidente para conocerle la índole. La nombra, la lee, la descifra y, por fin, la reescribe.

Porque al final, esta historia de amor es una breve historia de la novela misma. Cuando le pide a Celestina una chica virgen, ella le repro-

cha la prisa. «La inspiración no avisa», replica él, como si se tratara de una obra de arte. Es la víspera de su cumpleaños y en esa conciencia de su mortalidad, decide escribir: «Alguna vez pensé que aquellas cuentas de camas serían un buen sustento para una relación de las miserias de mi vida extraviada, y el título me cayó del cielo: *Memoria de mis putas tristes*». «Leemos, por ello, esta novela como si fuera la historia de otra novela: leyendo las memorias del viejo periodista terminamos leyendo un breviario del arte de narrar, como si la *Memoria de mis putas tristes* fuese una novela sobre la novela. La niña que aún no tiene nombre («¿Cómo podía llamarse?» se pregunta el narrador) y es, por ello, narrativamente virgen, no se ha hecho «pública» (no ha sido aún leída y se resiste a abrir los ojos y a tener una historia). Recordemos que en *Crónica de una muerte anunciada* no hay un «culpable» de la pérdida de la virginidad de la novia devuelta la noche de bodas, porque sobre ese hecho nada hay que decir o escribir. Lo virgen es lo no legible. Esto es, lo que no se puede vender ni comprar. Es fascinante, por lo demás, que García Márquez tuviese dos finales para esta novela y guardase uno, el que conocemos, para evitar que las ediciones piratas de su libro reemplazaran a la legítima. O sea, preservó la integridad de su novela, mientras que las ediciones piratas (clandestinas, que prostituyen la circulación del libro) han publicado un producto falso, por incompleto.

En el mercado actual, donde los escritores suben y bajan de valor según la bolsa de la literatura comercial, Gabriel García Márquez ha escrito una novela que demanda otro valor. El valor del amor extremo, puro e improbable, por la fábula y su gratuidad intacta. Después de todo, según ha repetido García Márquez, Faulkner decía que el mejor lugar para escribir una novela es la segunda planta de un burdel. La novela nacía en ese bullicio mundano alimentada por el fuego de la poesía. Como si fuese una historia de amor improbable en un mundo de amores solamente posibles.

En *Memoria de mis putas tristes* se revela, con el ingenio de un quinteto barroco, el genio de la novela, su apuesta por el escándalo de vivir: entre los prostíbulos de la realidad, la fábula de la imaginación redimida.



Biblioteca hispánica. Sala de lectura